



VOL: AÑO 18, NUMERO 52

FECHA: MAYO - AGOSTO 2003

TEMA: DESPUÉS DE LA TRANSICIÓN. POLÍTICA Y CAMBIO SOCIAL EN MÉXICO

TÍTULO: **El clivaje urbano-rural y el sistema de partidos en la transición política de México**

AUTOR: *Guadalupe Pacheco Méndez*

El clivaje urbano-rural y el sistema de partidos en la transición política de México

*Guadalupe Pacheco Méndez**

RESUMEN

El problema fundamental que se plantea este artículo consiste en mostrar el papel que jugó el *clivaje* urbano rural en los procesos electorales que tuvieron lugar entre 1991 y el año 2000 en México, con base en algunas herramientas teóricas del análisis comparado sobre partidos y elecciones, referidas en particular a los factores que influyen en los procesos electorales, se analiza el cambio en el sistema de partidos durante la transición democrática y se plantea como interrogante si las elecciones del 2000 representaron un realineamiento electoral.

PALABRAS CLAVE: transición política, sistema de partidos, democratización, liberalización, alineamiento realineamiento, clivaje urbano rural.

ABSTRACT

This work deals fundamentally with the study of federal elections from 1991 to 2000, looking specifically at the role of the cleavage between city and countryside in the transformation of the party system that happened during this period. Naturally, it takes into account the political context from the 1970s on and, above all, the transition that accompanied this electoral change. The author analyzes the process of electoral misalignment in the light of the changes in the territorial distribution of the vote and the impact this had on the system of a hegemonic party.

KEY WORDS: political transition, party system, democratization, liberalization, alignment realignment, urban-rural cleavage.

LA DÉCADA 1991-2000 fue una década decisiva en el proceso de cambio político en México, particularmente en el terreno del sistema electoral y en el ámbito del sistema de partidos. Fue un periodo de transición desde un sistema autoritario de partido hegemónico hacia otro caracterizado ya por la alternancia en el poder; sin embargo, a lo largo de esa década, el formato del sistema de partidos fue cambiante e inestable, por lo que no puede afirmarse que ya ha adquirido una disposición definitiva. Durante esta etapa se registraron cambios importantes en las pautas de comportamiento de diversas variables electorales. En este trabajo se aborda centralmente el estudio de los procesos electorales federales que se realizaron durante esos años, bajo la perspectiva de comparar dicho comportamiento en el ámbito urbano y en el rural; en otras palabras, se pretende determinar el papel del clivaje campo-ciudad durante los comicios realizados durante la última década del siglo veinte. Naturalmente, se toman en consideración tanto los antecedentes político-electorales de este proceso, así como el contexto político de transición que acompañó a este proceso de desarrollo electoral.

Ciertamente que analizar el comportamiento de las variables electorales desde la perspectiva única de su distribución territorial en función del mero criterio de la distribución de la población en localidades urbana y rurales, implica dejar fuera numerosos factores (ingreso, educación, ocupación, sexo, edad, actitudes políticas, mecanismos de socialización política, recambio generacional, etc.) que contribuyen a diferenciar socialmente a los diversos grupos sociales que habitan en esos dos tipos de ámbitos. Sin embargo, para avanzar sobre terreno firme en esa dirección, ese tipo de estudios requiere la realización de encuestas que están fuera de nuestro alcance. Por otra parte, a pesar del nivel de agregación tan grande que significa dividir a la población en dos categorías (urbana y rural), hemos encontrado diferencias significativas que ameritan ser revisadas con detenimiento y eso es lo que hemos tratado de hacer en este artículo.

Para analizar el comportamiento electoral bajo el ángulo del clivaje campo-ciudad optamos por utilizar los resultados a nivel de distritos electorales federales y clasificarlos en dos categorías, en urbanos y rurales. Como la geografía distrital de 1991 y 1994 es diferente a la de 1997 y 2000, debido a la redistribución realizada por el IFE en 1996, los datos de 1991 y 1994 se recalcularon como si hubiesen tenido el recorte distrital adoptado en 1996.¹

Cabe señalar, en lo que se refiere a los resultados de 2000, que el PAN y el PVEM contendieron como una coalición de partidos denominada "Alianza por el cambio", mientras que el PRD hizo lo mismo junto con otros cuatro partidos de izquierda muy pequeños en la coalición "Alianza por México". En los análisis que a continuación se presentan, los datos de 2000 de esas coaliciones son mencionados como "PAN" y "PRD" respectivamente, no sólo con el fin de simplificar la presentación del análisis, sino porque consideramos que en ambos casos, esos dos partidos remolcaron a los pequeños y que, en todo caso, sólo vale la pena distinguir la votación del PAN y del PVEM cuando se desea estudiar específicamente a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Distrito Federal y municipios conurbados del Estado de México). Por otra parte, dado que en las elecciones de 1994 y de 2000 se eligieron presidente y congreso federal, en tanto que en las intermedias federales de 1991 y 1997 sólo se eligió congreso, optamos por utilizar los datos de la elección de diputados de mayoría relativa.

En las secciones segunda y tercera de este artículo, se presentan respectivamente los antecedentes políticos y electorales necesarios que encuadran nuestra problemática: en la segunda, se resumen sucintamente los principales acontecimientos que caracterizaron a la vida política y electoral mexicana, desde las últimas décadas del régimen autoritario hasta las elecciones de 2000; en la tercera, se revisa el clivaje campo-ciudad y su efecto sobre el sistema de partidos durante las últimas tres décadas del periodo autoritario y los primeros diez años que siguieron a la reforma política de 1977-1978. En la cuarta sección, se presentan los resultados del análisis del comportamiento electoral durante la década decisiva de la transición mexicana hacia la democracia (1991-2000), que es nuestro principal objetivo; se estudian los cambios a nivel nacional del sistema de partidos y luego se comparan esos mismos cambios en los distritos urbanos y en los rurales. En la quinta sección, se hace un rápida retrospectiva general del periodo 1961-2000 bajo la luz del efecto del clivaje campo-ciudad sobre el sistema de partidos y se interpretan los resultados reportados en la cuarta sección.

2. TRANSICIÓN POLÍTICA: DEL AUTORITARISMO A LA ALTERNANCIA EN EL PODER

El tema global de la transición política desde el autoritarismo hacia alguna otra forma de régimen político fue discutido abundantemente en las dos décadas pasadas, por lo que sólo se presenta aquí un revisión somera. La piedra angular de ese enfoque la constituyó la singular obra coordinada por O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1986);² al percibir estos autores que la metodología de la ciencia política normal, en el punto de desarrollo que se encontraba hasta ese momento, no era la adecuada para captar ni la incertidumbre de los procesos de transición ni el cálculo estratégico de sus actores políticos, formularon un conjunto de conceptos y de hipótesis idóneos para abordar esos fenómenos. Tres conceptos resultaron clave: el de transición, entendido como el *inter-regnum* que se extiende entre un régimen político y otro; el de liberalización, que es una etapa aún bajo el arbitrio del gobierno autoritario, en la que se redefinen y amplían los derechos ciudadanos como forma de protección contra los actos arbitrarios del Estado; y el de

democratización, cuando las normas y procedimientos de la ciudadanía se aplican a instituciones políticas que antes se regían por otros principios o bien son ampliados para incluir a otros grupos o para abarcar problemas e instituciones que antes no participaban de la vida ciudadana.

Tomando como marco general lo anterior, en este apartado haremos una recapitulación breve de los principales rasgos que caracterizaron a la vida política y electoral de México, desde mediados del siglo veinte hasta 1990. No pretende ser un análisis exhaustivo, sino un esbozo que, a manera de antecedente, permita situar mejor la problemática del periodo que se estudia con mayor detenimiento en los tres últimos apartados del artículo.

A) DEL AUTORITARISMO DE PARTIDO HEGEMÓNICO A LA LIBERALIZACIÓN POLÍTICA

Durante la mayor parte del siglo veinte, el régimen político mexicano fue de corte autoritario, en el que gobernantes civiles, y no militares, controlaban los espacios de poder. Su rasgo característico, y único en su género, era el de asegurar la dominación política a través, no del ejército, sino de un sistema de partido hegemónico, en el que el PRI era la pieza clave del régimen para dominar el tablero electoral. Este sistema de partido hegemónico y de elecciones controladas por el régimen, era un modelo en el que sólo un partido contaba y otros partidos menores eran tolerados pero no tenían ninguna posibilidad de acceder al poder político (Sartori, 1980).

A fines de los años sesenta y en la década siguiente, este sistema mostró señales de usura y estallaron diversos movimientos anti-régimen: el estudiantil de 1968, luchas guerrilleras tanto urbanas como rurales y movilizaciones en contra del control sindical. En 1976, sólo el PRI presentó un candidato presidencial; el PAN no presentó candidato debido al desacuerdo interno, los partidos "satélites" del régimen se sumaron a la candidatura del PRI y sólo el partido comunista, que no era reconocido legalmente, presentó un candidato. Mientras tanto, la abstención formal crecía a la par que amplios sectores de la población en edad de votar ni siquiera se registraban en el padrón electoral. Aunado a ello, crecía el descontento por los efectos de las dificultades macroeconómicas. La falta de credibilidad de los canales de participación política, en particular del sistema de partidos, y el surgimiento de fuerzas que seguían una pauta de participación política extra-institucional despertaron la preocupación del régimen.

En ese contexto, el régimen tomó la iniciativa de abrir (más bien, entreabrir) el juego de partidos y anunció la reforma política de 1978, la cual culminó con el registro, como organizaciones partidarias legales, de las corrientes políticas que hasta entonces habían quedado excluidas del juego electoral, en especial la encabezada por el partido comunista. La reforma política de 1977-1978 fue el primer cerrojo que se descorrió para abrir la fase de liberalización política. En lo esencial, se trató de una apertura que las élites gubernamentales ofrecieron a las élites de los partidos. Así, la reforma política se orientó a generar un espacio, reducido y muy controlado, para el registro legal de nuevos partidos, particularmente de izquierda, con la esperanza de canalizar a través de ellos las inquietudes y el descontento social que se habían manifestado a través de aquellos movimientos sociales y políticos.

Varios de los partidos que hasta entonces carecían del registro legal decidieron participar en dicho proceso, aunque tenían claro que el poder no iba a ponerse en juego en las elecciones, sí vieron la oportunidad de ingresar a la arena electoral para presionar por el cambio y decidieron aprovecharla; los partidos que ya contaban con registro legal, específicamente el PAN, percibieron la importancia de participar en un proceso de redefinición de las reglas del juego, muy incipiente sí, pero con los alicientes necesarios para atraer a la dirigencia de ese partido.

Así, las primeras elecciones federales realizadas bajo el signo de la liberalización política fueron las de 1979, 1982 y 1985; de hecho las reformas al marco legal electoral no eliminaron la posición hegemónica del PRI ni el control del gobierno sobre las elecciones, pues se orientaron centralmente a tolerar la creación de nuevos partidos y a ofrecerles escaños de representación proporcional, bajo tales términos la posibilidad de competir realmente contra la maquinaria priísta parecía ser sumamente remota. Hasta aquí, el proceso de apertura política o de liberalización, involucró fundamentalmente a élites políticas dentro y fuera del gobierno y muy poco a sectores extensos de la ciudadanía, tal como lo sugieren las tasas de

participación y el número tan alto de ciudadanos en edad de votar que no se habían inscrito en el padrón electoral.

Los términos de la situación se alteraron en 1988. Varios factores contribuyeron a ello: 1) a nivel de la amplia masa del electorado, el descontento generado por los efectos de la crisis económica desencadenada en 1982, cuyo detonador fue el problema de la deuda externa, y por los costos sociales de los severos planes de choque y programas de estabilización económica aplicados en los años subsecuentes; 2) a nivel de élites, sobresalen dos elementos, uno es la salida en 1987 de un grupo del PRI, encabezado por Cárdenas y Muñoz Ledo, dispuesto a ocupar un lugar en la arena electoral a través de la coalición de partidos pequeños (el FDN); y el otro elemento es el ingreso a la política, por la vía del PAN, de grupos regionales caracterizados por su activismo político más pragmático y menos doctrinario, encamados en la candidatura de Clouthier.³

El resultado fue el declive de la votación del PRI a niveles inferiores a 40% (según estimaciones no oficiales) y una enorme deslegitimación del sistema provocada por la manipulación del voto para asegurar al PRI la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. En este momento, la clave fue la conjunción del descontento del electorado urbano provocado por la crisis económica, con las nuevas ofertas políticas que significaron Clouthier y Cárdenas, a pesar de que sus candidaturas seguían enmarcadas por organizaciones partidarias, opositoras sí, pero de corte tradicional.

La crisis de legitimidad desatada por el conjunto de irregularidades que caracterizaron a la elección de 1988 orilló al régimen, bajo la presión de una fortalecida oposición, a proponer una nueva reforma electoral. Los resultados más importantes de ésta fueron dos: por una parte, la creación del Instituto Federal Electoral, el cual, a pesar de su sofisticado diseño institucional, seguía estando bajo el control del régimen a través del secretario de gobernación y de la aplastante mayoría del PRI en su Consejo General; y, por la otra parte, la creación de un nuevo padrón electoral, en cuyo proceso de integración los partidos pudieron ocupar un papel de vigilancia (no de control) significativo. Estos acuerdos fueron posibles gracias a que el PAN, en una orientación poco usual en su política hasta entonces, decidió seguir una orientación más pragmática y votó en el congreso en 1989, junto con los diputados del PRI, las reformas a la Constitución necesarias para la adopción de una nueva ley electoral.

Inesperadamente, en la elección federal de 1991, con todo y todo, el PRI logró un gran repunte de su votación, sobre todo en los centros urbanos; en buena medida, los factores que contribuyeron a esto fueron los programas gubernamentales de beneficio social impulsados por Pronasol, la eficaz estrategia seguida por el presidente en turno (Salinas) para recomponer su imagen política entre la opinión pública y la incorporación al padrón de nuevos sectores sociales, principalmente urbanos. Hasta aquí, sin embargo, todo seguía bajo el signo de la liberalización y de pactos entre élites políticas.

En 1994, año de una nueva elección presidencial, el panorama político se ensombreció con el alzamiento en Chiapas del EZLN y el asesinato del candidato presidencial del PRI. Con ese trasfondo, unos meses antes de las elecciones de julio, se pactó una nueva reforma electoral; esta vez, el punto más importante fue la integración del Consejo General del IFE, cuestión en la que el régimen cedió un poco más ante las presiones provenientes de los partidos políticos e incluso de actores políticos exteriores, y así los partidos opositores quedaron mejor representados en esa instancia, mientras que el PRI perdía su presencia mayoritaria. No obstante, la gestión ejecutiva de la institución permaneció bajo el encargo del secretario de gobernación. La limpieza de las elecciones mejoró en lo que se refiere a las torpes manipulaciones de los votantes y de los mecanismos de calificación del voto; pero uno de los puntos más cuestionados fue el de los recursos financieros y materiales tan desproporcionadamente altos con los que contaba el PRI, además de que se siguió hablando del uso electoral que el gobierno hacía del programa social Pronasol.

La compleja coyuntura que dominó a 1994 involucró a amplios sectores del electorado y esto se reflejó en la evolución de las encuestas de opinión, las cuales indicaban a fines de mayo una posible victoria del candidato del PAN; pero, ya aquí de nuevo regresa el problema de las decisiones que toman las élites de los partidos, el candidato de este partido (Fernández de Cevallos) extrañamente se ausentó de la escena política durante el último mes de la campaña presidencial, lo que dio al candidato sustituto del PRI (Zedillo) la oportunidad de repuntar y ganar la elección presidencial. De nuevo, el salto entre liberalización y democratización aún no estaba dado; debido más a las decisiones de las élites políticas partidarias (en este caso del PAN) que a la falta de deseo de cambio en el electorado.

B) LA DEMOCRATIZACIÓN ELECTORAL Y LA ALTERNANCIA EN EL PODER

De acuerdo con las tesis de los autores mencionados en el inciso anterior, la liberalización marca el inicio de la transición y se refiere al momento en que una fracción de los gobernantes autoritarios anuncia la ampliación del campo de la ciudadanía y la población lo cree, es decir, lo que más importa no es tanto el anuncio en sí mismo sino la forma en que este anuncio es escuchado por la población. De manera tajante, el electorado de 1988, acicateado por los años de hiperinflación, creyó en la posibilidad del triunfo de un candidato presidencial opositor y actuó en consecuencia.

De este modo, la crisis política de 1988 propició el segundo jalón en la liberalización del sistema electoral en 1989-1990. Sin embargo, el régimen tuvo aún la capacidad de restaurar su imagen política y en la elección intermedia de 1991, la distribución del voto retomó sorpresivamente el perfil de sistema de partido hegemónico. Por lo demás, a pesar de que ya se habían introducido reformas importantes, lo esencial, que el poder estuviese realmente en juego en las elecciones, no era algo que hubiese realmente ocurrido. La gravedad del panorama político y electoral de 1994 fortaleció entre el electorado la idea de que era posible derrotar al PRI (como lo mostraron las encuestas de opinión del mes de mayo de ese año), pero a esa cita no quiso llegar el candidato presidencial del PAN. Fue necesario un tercer impulso para que se diese el salto decisivo desde la liberalización hasta la democratización.

Respecto de esto cabe añadir que los autores mencionados consideran que el momento cumbre en los periodos de transición ocurre cuando hay una convocatoria a elecciones de importancia nacional y los actores políticos creen en la verosimilitud de competir en elecciones libres y en que habrá escrutinios limpios; si esto es así, la relación de fuerzas entre las facciones y fuerzas contendientes dentro y fuera del régimen se modifican rápidamente; para aludir a esa ocasión en que, todavía en el marco del régimen autoritario, se disputan por primera vez cargos políticos de importancia nacional bajo condiciones realmente competitivas, se acuñó el término de elecciones fundacionales.

Visto dentro de esta perspectiva, en México, el punto de pivotaje de la transición desde la liberalización hacia la democratización, se inició hacia 1995-1996. En 1995, los muy severos efectos sociales de la crisis económica desatada por la administración de Zedillo (el famoso "error de diciembre") generaron en la sociedad un enorme descontento en contra del gobierno. Lo anterior se tradujo en una gran tensión en el terreno electoral que culminó con una fuerte oleada de votos en favor del PAN durante los procesos electorales locales que ocurrieron en ese mismo año, tendencia que se prolongó durante 1996.

Simultáneamente, en el terreno político el régimen impulsó una iniciativa de reforma política –conocido coloquialmente como el "Pacto de Los Pinos"–, en que se convocaba a los partidos, especialmente al PAN y al PRD, a buscar un acuerdo político para la democratización. Esta iniciativa falló debido a la torpeza política mostrada por la administración zedillista en dos cuestiones, la de asegurar la participación del PRD y su intento fallido de intervención en la crisis electoral de Tabasco. De hecho, en los medios de comunicación impresos, se dijo que el secretario de gobernación (Moctezuma) había atraído al PRD a la mesa de negociaciones bajo la promesa de asegurar la renuncia del recién electo gobernador de Tabasco (Madrazo), que era la condición que el PRD ponía para participar en dicho acuerdo; al fallar el gobierno en su intento de eliminar a Madrazo para cumplir esa promesa, el PRD se retiró de la mesa.

El cerrojo mayor de la transición política se corrió en 1996, cuando de nueva cuenta las élites políticas de gobierno y partidos negociaron una nueva reforma electoral. Esta vez la mayor presión política de partidos y de otros actores políticos externos al régimen se combinó con la oleada de descontento social ya mencionada y que dejó sentir sus efectos en las elecciones locales de 1996 y 1997. La tensión político-electoral se amplificó lo suficiente para presionar en favor de una reforma electoral que realmente fuese al fondo. El punto medular y verdaderamente decisivo fue la autonomización del IFE, es decir, que el secretario de gobernación ya no formara parte del Consejo General, ni mucho menos presidiera al Instituto; esto significó que el IFE y las elecciones por fin dejaban de estar controlados por el gobierno. De este modo, todo quedó dispuesto para las elecciones federales de 1997, en que, por vez primera en muchas décadas, había entre los actores políticos razones fundadas para creer en la realización de elecciones limpias y más o menos equitativas.

Durante el primer semestre de 1997, las encuestas de opinión pusieron al descubierto los cambios en preferencias partidarias que habían venido ocurriendo entre el electorado: un fuerte impulso en favor del PAN en varios estados (Jalisco, Guanajuato, Nuevo León, Querétaro y otros) y del PRD (principalmente en

el Distrito Federal y el Estado de México). En el proceso electoral federal de ese año, el PRI, por primera vez en su historia, no alcanzó la mayoría absoluta en la cámara de diputados. Por lo demás, en ese año el PRI perdió varias gubernaturas y presidencias municipales en importantes localidades. Fueron hasta cierto punto las primeras elecciones fundacionales; sin embargo, dado que no estuvo en juego la presidencia de la República, sino sólo la integración de la cámara baja, no fueron percibidas de esa manera.

De este modo, la conjunción entre el castigo electoral provocado por la crisis económica y la reforma electoral, hicieron posible que los reajustes que estaban ocurriendo entre el electorado se expresaran fielmente en la relación de fuerzas entre los tres principales partidos. El camino estaba despejado para la elección presidencial de 2000, en la cual se produjo un nuevo impulso en las preferencias partidarias que era muy favorable al PAN, tal y como había sucedido hasta mayo de 1994, salvo que ahora el candidato presidencial de este partido (Vicente Fox) sí se quedó ocupando hasta el final su lugar en el escenario de la campaña electoral y aseguró su victoria. Aun cuando el PAN logró también un avance en las elecciones congresionales, apenas si alcanzó una estrechísima mayoría en la cámara baja y no logró ser mayoritario en el senado. No obstante, el salto estratégicamente decisivo ya estaba dado, la alternancia en el máximo cargo político de México era una realidad y, por primera vez desde 1929, la silla presidencial fue ocupada por un personaje que no provenía de las filas del entonces partido oficial. Por lo mismo, estos comicios sí fueron percibidos como las elecciones fundacionales.

3. EL CLIVAJE CAMPO-CIUDAD Y EL SISTEMA DE PARTIDOS BAJO EL AUTORITARISMO

Huntington (1990), de quien retomamos los planteamientos ampliamente conocidos sobre la influencia de la modernización y la brecha urbano-rural en la política, plantea que la principal fuente de presiones en favor del cambio político tiende a situarse en las ciudades, donde se concentran más los efectos de la modernización económica y social, mientras que el campo mantiene una actitud más tradicional. En relación con ello, cabe destacar que Lipset y Rokkan (1967), en un texto ya clásico, mostraron cómo los diferentes clivajes sociales decisivos en la historia de un país influyen en la conformación de los sistemas de partidos y en el proceso de acomodación de los electores en torno de los partidos. Uno de esos clivajes es precisamente la brecha que separa a la sociedad urbana de la rural.

En la primera mitad del siglo veinte, el principal conflicto en México fue el agrario en sus diversas vertientes, pero en los años cuarenta se registró el inicio del ascenso de nuevas élites urbanas políticas y económicas interesadas en promover la industrialización del país. Dentro de esa lógica, es razonable preguntarse tres cosas: uno, si el clivaje que paulatinamente se zanjó entre campo y ciudad tuvo a la larga efectos políticos importantes sobre la disposición del sistema de partidos en las décadas subsecuentes; dos, si los grupos urbanos, supuestamente más identificados con el proceso de modernización, constituyeron la principal fuente de presión en favor del cambio en el sistema de partidos; y tres, cuál fue la influencia de ese clivaje, si la tuvo, durante la década de la transición política al final del siglo.

Complementariamente, para abordar desde esta perspectiva el problema que nos interesa, es útil retomar tres conceptos teóricos relativos al proceso de acomodación del electorado en torno de los partidos y los sistemas de partidos (Niemi y Weisberg, 1993a y 1993b). El concepto de 'alineamiento' que se refiere a aquellos periodos largos en los que, aun cuando se registraban movimientos de electores (cambios en la participación y en las preferencias partidarias) estos no afectan la continuidad de la estructura de los resultados electorales, lo cual se expresa en el mantenimiento del mismo formato en el sistema de partidos y de un grado elevado de lealtad e identificación partidarias de los ciudadanos con el partido de su preferencia. El término 'realineamiento' alude a un cambio duradero en las preferencias partidarias, es decir, se trata de una reestructuración del apoyo que los grupos sociales dan a los partidos y que es provocado por un desplazamiento del principal eje de clivaje social y/o político. En particular, se introdujo la noción de la elección de realineamiento o de elección crítica, esto es, aquella en la que ocurría un cambio mayor en la distribución del voto entre los partidos y que dicho cambio perduraba luego durante un largo periodo.

El concepto 'desalineamiento' se acuñó para aludir a aquellas situaciones de inestabilidad en las tendencias electorales, caracterizadas por el alejamiento de los electores respecto de los partidos

(aumenta la abstención, especialmente en comicios no importantes) y el debilitamiento de la identificación y lealtad hacia un mismo partido (el elector vota por un partido diferente). El desalineamiento electoral (Beck, 1984) es un proceso que se manifiesta de diversas maneras: en un decremento de la parte del electorado identificada con algún partido, en patrones de voto muy variables o inestables, en la aparición de nuevos pero fugaces partidos, en cambios hacia la participación política por fuera de los partidos y/o en la fractura del apoyo a los partidos entre los grupos sociales clave. Estos cambios pueden percibirse a nivel macro, pero no siempre ocurre así pues hay ocasiones en que una aparente estabilidad macro puede estar encubriendo importantes cambios a nivel micro. El desalineamiento es un debilitamiento de los viejos clivajes, pero sin que se establezcan aún las líneas de los nuevos clivajes.

A) LOS AÑOS DEL SISTEMA DE PARTIDO HEGEMÓNICO, 1961-1976

Uno de los clivajes sociales decisivos en la sociedad mexicana, después de la posguerra, fue el que se zanjó entre el proceso de modernización (urbanización e industrialización), que cobró un fuerte impulso a partir de esos años, y la herencia de un pasado tradicional encarnado por la sociedad rural. Aparentemente no tendría sentido alguno analizar el papel del clivaje campo-ciudad dentro de un sistema de partido hegemónico, con elecciones controladas y manipuladas por el régimen autoritario. Pero todo depende de cómo se plantee el problema. Si se pretende analizar, a pie juntillas con la teoría, cómo se alinean los electores en torno de varios partidos, efectivamente, no hay materia de análisis en un sistema que es de partido casi único, pero si el problema se enfoca a partir de la perspectiva de escudriñar con detalle el sustento social de ese partido casi único que era el PRI bajo la perspectiva del clivaje, se encuentra que esta brecha campo-ciudad sí tuvo alguna influencia en el alineamiento de la base electoral del sistema de partido hegemónico y esto se expresó en el hecho de que el apoyo al PRI era más fuerte en el medio rural que en el urbano, gracias a la mayor densidad de la red de relaciones clientelares y caciquiles bajo su control en ese ámbito. Se trataba de un alineamiento *sui generis* bajo un régimen político de corte autoritario "blando".

Para mostrar el efecto del clivaje urbano-rural sobre la votación del PRI en el periodo 1961-1976, utilizaremos datos por entidad federativa, debido a que antes de 1979 el país se subdividía en 200 distritos electorales, a diferencia de los 300 que se utilizaron a partir de la elección de 1979. Con el fin de poder diferenciar, aunque fuese de manera aproximada, el voto urbano y el rural, se procedió a calcular el índice de urbanización⁴ de cada entidad federativa; luego, para cada año se dividieron en dos grupos a los estados, en función del índice de urbanización correspondiente, los casos de mayor índice se clasificaron como urbanos y los de menor índice como rurales; en seguida, se calculó en cada grupo el promedio de la votación relativa en favor del PRI y estos datos se utilizaron como indicador del clivaje urbano-rural. Los resultados se presentan en el Cuadro 1 y la Gráfica 1.

En los procesos electorales federales realizados durante las dos décadas que precedieron al inicio de la liberalización política de 1979, se aprecian dos rasgos: 1) tanto en los estados urbanos como en los rurales, la votación priísta muestra una pendiente descendente; 2) en aquellos estados donde la población de las ciudades tenía un peso proporcional mucho mayor, la votación por el PRI tendió a situarse ocho puntos porcentuales por debajo de la de los estados menos urbanizados. Lo anterior indica que en los estados rurales la población estaba más alineada en torno del PRI. Claro que esta forma de alineamiento era *sui generis*, pues dependía del control de las maquinarias corporativo-clientelares de ese partido y del control de los mecanismos electorales por parte del gobierno; no obstante, los efectos político-electorales del clivaje ~~dejan sentir su influencia, tan es así que los mecanismos de control electorales utilizados por el gobierno y por el PRI eran mucho más exitosos en las zonas rurales que en las urbanas.~~

CUADRO 1
VOTACIÓN RELATIVA DEL PRI E ÍNDICE DE URBANIZACIÓN*

*Promedios por entidades federativas urbanas y rurales, 1961-1976.

Fuente: datos calculados por el autor con los datos de la Comisión Federal Electoral (véase bibliografía) y de los censos poblacionales.

Gráfica 1 Voto urbano y rural del pri, 1961-1976

B) LA PRIMERA DÉCADA DE LIBERALIZACIÓN POLÍTICA, 1977-1988

Cuando se analiza la evolución de este clivaje durante la etapa de liberalización, en las elecciones federales desde 1979 hasta 1988 se aprecia que las tendencias detectadas en el periodo 1961-1976 se re-pitieron en forma agudizada: 1) la votación del PRI exhibe una pendiente descendente en campo y ciudad; 2) la votación de ese mismo partido sigue siendo menor en los distritos urbanos que en los rurales. Si utilizamos los datos correspondientes a la distritación (n=300) que se utilizó de 1979 a 1994, se aprecia la continuidad de las tendencias descritas para el periodo 1961-1976 (Cuadro 2 y gráficas 2a, 2b, 2c, 2d). Los promedios de las votaciones distritales relativas del PRI en cada tipo de distrito electoral (Gráfica 2a) muestra que reunía un porcentaje promedio mayor de votos en las zonas rurales y uno menor en los urbanos, lo cual ratifica la continuidad del clivaje campo-ciudad. Inclu-so en un año tan crucial como 1988, marcado por un importante des-censo de la votación del PRI, se mantiene el mismo patrón de mayor votación relativa por el PRI en los distritos rurales. Todo lo contrario ocurre con los partidos opositores de aquellos años (Gráfica 2b). Esto daba como resultado que en el medio urbano la competencia relativa entre el PRI y el conjunto de los partidos de oposición fuera un poco más cerrada (Gráfica 2c), mientras que en el medio rural sucedía lo contrario (Gráfica 2d). La diferencia significativa con el periodo anterior, es que la distancia entre la votación urbana y la rural del PRI se triplicó y alcanzó valores de alrededor de los 25 puntos.

CUADRO 2 VOTACIÓN DEL PRI Y DEL CONJUNTO DE LA OPOSICIÓN, 1979-1988. PROMEDIOS EN DISTRITOS URBANOS Y RURALES

A pesar de las limitantes impuestas por el sistema de partido hegemónico, el clivaje urbano-rural estuvo presente, de modo atenuado, en la base del alineamiento social en torno de ese sistema desde varias décadas antes del periodo de la transición y, de manera más aguda, durante la primera fase de la liberalización. Así, lo que podemos concluir de esta revisión de los antecedentes de la problemática que nos interesa es lo siguiente: 1) el clivaje campo-ciudad sí jugó un papel durante la fase clásica del sistema de partido hegemónico (1961-1976), que se tornó más relevante y/o evidente en la primera etapa de la liberalización (1977-1988); 2) el desalineamiento de la base social priísta en la primera etapa de la liberalización política, que se expresó en el descenso de su votación relativa, fue un proceso inscrito dentro de tendencias de largo plazo que datan desde el periodo plenamente autoritario; 3) el diferencial de la votación urbana y rural del PRI aumentó mucho durante la liberalización, como efecto de la mayor caída de su voto urbano comparado con la caída de su voto rural. Así, aunque sólo estemos analizando este problema desde la perspectiva de la aglomeración territorial urbano-rural del electorado, estos primeros hallazgos sugieren que esta variable jugó un papel relevante.

4. EL CLIVAJE CAMPO-CIUDAD Y EL SISTEMA DE PARTIDOS AL FINAL DE LA LIBERALIZACIÓN Y EL INICIO DE LA DEMOCRATIZACIÓN

A) CAMBIOS EN EL SISTEMA DE PARTIDOS

A lo largo del periodo 1991-2000, los cambios en el marco institucional y en las bases sociales del sistema de partidos modificaron las características de éste: dejó de ser un sistema de partido hegemónico y la competitividad se elevó notablemente entre los partidos. Si se observa el Cuadro 3 y la Gráfica 3, se aprecia que el PRI recuperó fugazmente su posición hegemónica en 1991 (61% de la votación) y ninguno de los principales partidos opositores alcanzó el umbral de partido que "cuenta" (20% de la votación); pero a lo largo de los años subsecuentes, la cuota del PRI habría de decrecer 23 puntos, mientras que la del PRD y, sobre todo, la del PAN aumentarían notablemente.

Esta evolución de las porciones de votos obtenidas por cada uno de los tres partidos permitió el paso de un sistema de competitividad prácticamente nula, si se excluye el caso de 1988, a otro de plena competencia; el mejor indicador de ello es la diferencia relativa entre el voto obtenido por el PRI y el partido colocado en segundo lugar (en los cuatro comicios fue el PAN), el cual pasó de 43 puntos de ventaja a favor del PRI en 1991 a tan sólo un punto de diferencia en 2000 de ventaja a favor del PAN. De este modo, el paulatino dismantelamiento del sistema de partido hegemónico abrió el paso primero a un bipartidismo débil en 1994, que se desplazó hacia un tripartidismo incipiente en 1997, para luego tomar un perfil bipartidista a nivel nacional en 2000. Las variaciones absolutas y relativas entre los comicios de 1991 y los de 1994 (cuadro 4) indican que el elevado incremento de la participación favoreció al PAN y al PRD; en contraste, el descenso de la participación entre 1994 y 1997 parece estar en buena medida detrás del severo retroceso del PRI, pero no impidió un importante aumento de la votación a favor del PRD; entre 1997 y 2000, las variables que registran aumentos son la tasa de participación y el voto por el PAN. El índice de volatilidad,⁵ que resume las variaciones de las votaciones de todos los partidos entre dos elecciones sucesivas, fue más elevado en el trienio 1991-1994 y, aunque luego desciende, sigue jugando un papel importante en los dos trienios subsecuentes.

Los datos anteriores sugieren que entre 1991 y 1994, la elevada incorporación de nuevos electores al parecer tendió a favorecer al PAN y al PRD, al mismo tiempo que se registraba una disminución en la votación del PRI, indicativa del desalineamiento en torno de este partido. Entre 1994 y 1997, el importante retroceso de la participación fue el resultado de la desmovilización de un sector importante del electorado priísta, es decir, se profundizó su desalineamiento; simultáneamente, el PAN logró mantener estable su votación relativa y perdió relativamente pocos electores, lo cual sugiere que al menos en determinadas áreas del país se perfila un realineamiento más estable de una parte de su electorado; por su parte, el PRD logró un importante avance (centrado particularmente en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México), por lo que podría decirse que su base electoral tenía una base más estable en algunos estados y otra mucho más inestable en la Ciudad de México.

Entre 1997 y 2000, aun cuando de nuevo se registró un importante aumento de la participación, la votación del PRI más o menos se estabilizó, lo cual sugiere que quizá su electorado ya haya quedado delimitado de modo más o menos permanente; pero en el campo de los partidos opositores las cosas variaron bastante, pues la votación a favor del PAN se incrementó notablemente, en tanto que la del PRD registró un sensible retroceso. Aquí puede plantearse que posiblemente un segmento del electorado de cada uno de estos tres partidos ya se ha estabilizado; en ese caso, se podría hablar de un realineamiento parcial. Complementariamente, también puede pensarse que otra parte del electorado aún es inestable y su conducta futura bien puede seguir siendo volátil por un largo tiempo e ir de un partido a otro o abstenerse, o bien eventualmente fijar sus preferencias por algún partido; esta es una incógnita que se irá despejando en las sucesivas elecciones por venir (Klessner, a quien ya citamos más arriba, llega a conclusiones parecidas).

De la revisión anterior podemos sacar importantes conclusiones: 1) que entre 1989 y 2000 ocurrieron grandes cambios en el sistema de partidos; 2) que el cambio de mayor magnitud ocurrió en 1997; 3) que la fuerte caída del PRI en 1997 no tuvo mayores consecuencias políticas porque se trataba de una elección intermedia y porque la distribución del voto opositor era tal que ni PAN ni PRD lograban atravesar la línea de la competitividad efectiva (diez puntos o menos de distancia en relación con el PRI); 4) el cambio de 2000 resultó ser estratégico, por tratarse de elecciones presidenciales y porque un partido, el PAN, logró concentrar una alta porción de voto opositor, lo que le permitió ocupar una posición altamente competitiva

ante el PRI. En suma, los mayores cambios en el sistema de partidos desde 1929 ocurrieron durante la última década del siglo veinte.

B) EL CLIVAJE URBANO RURAL

Hemos visto que desde la era de la hegemonía priísta y la primera etapa de la liberalización política, entre el medio urbano y el rural se registraron diferencias en las variables electorales; la votación en favor del PRI era más elevada en el medio rural y más baja en el urbano, mientras que la situación inversa se daba con la votación obtenida por el conjunto de los otros partidos. En esta sección, para explorar la evolución del papel del clivaje urbano-rural en el periodo 1991-2000, se utilizaron los resultados electorales a nivel distrital. Los distritos electorales se dividió en urbanos y rurales (los criterios de esta clasificación se basan en Woldenberg *et al.*, 1996) y una vez establecida esta clasificación, el siguiente paso consistió en comparar entre esas dos categorías los valores de los resultados electorales de cada partido, así como de las variaciones de éstos entre cada elección. A continuación se presentan y analizan dichos resultados.

De acuerdo con el Cuadro 5, la masa absoluta de electores en lista nominal era ligeramente inferior en los distritos rurales, pero se puede considerar que dicho volumen era casi similar en ambos tipos de distrito para efectos del análisis. Comparemos ahora cómo le fue a cada partido en esos dos ámbitos. A lo largo de esta década, los votos del PAN pasaron de casi tres millones a casi nueve en los distritos urbanos, mientras que en los rurales pasaron de poco más de un millón a más de cinco; en el primer caso ganó seis millones y en el segundo cuatro, es decir el PAN ganó más electores en las ciudades. En el caso del PRI, se aprecia que en los cuatro momentos su votación rural es ligeramente superior a la urbana, lo que muestra que su proverbial arraigo en las zonas rurales ya se encontraba debilitado y apenas le pudo garantizar una cantidad ligeramente superior de votos absolutos en el campo; en ese mismo lapso de tiempo, ese partido sólo logró captar en 2000 un número de sufragios similar al que registró en 1991 en ambos tipos de distritos, pues el aumento de 1994 se vino abajo en 1997; la variación neta entre 1991 y 2000 es mínima. Por su parte, el PRD —salvo en el caso de los distritos urbanos en 1997, por el caso del D.F.—, mantuvo un volumen de votos similar en ambos tipos de demarcaciones electorales; además, logró casi cuadruplicar su masa de votos en ambos tipos de distrito a lo largo de la década.

Comparemos ahora el comportamiento de los tres partidos entre sí en cada tipo de distritos. Revisemos en primer lugar lo ocurrido en los distritos urbanos. La posición del PRI muestra que sólo en 1991 su votación absoluta fue superior al conjunto de votos captados por el PAN y el PRD; en 1994, PRI y oposición (PAN y PRD) más o menos empataron; pero la situación se invirtió radicalmente en 1997 y 2000 cuando PAN y PRD conjuntamente captaron más o menos el doble de votos que el PRI. ¿Qué sucedió en los distritos rurales? La posición del PRI siguió una evolución parecida pero postergada o desfasada a lo que ocurría en los urbanos; en 1991, reunió un volumen de votos casi cuatro veces superior al de la oposición; en 1994, conservó la ventaja pero el voto opositor ya se triplicó; en 1997 —o sea, un trienio después que en los urbanos— PRI y oposición empataron en la cantidad de votos obtenidos; en 2000, PAN y PRD conjuntamente lograron reunir más votos que el PRI en las zonas rurales.

Pasemos ahora a comparar el desempeño del PAN y el PRD: en los distritos urbanos, el PAN registró muchos más votos que el PRD en 1991, 1994 y 2000, pues sólo en 1997 se asemejó más la cantidad de votos entre ambos partidos. En los rurales, PAN y PRD obtuvieron un volumen de sufragios absolutos más o menos similar, de 1991 a 1997, pero en 2000 el PAN rebasó sorprendentemente al PRD con más de dos millones de votos.

En lo que se refiere a las cifras relativas (Cuadro 6), a lo largo de la década 1990-2000, el PAN obtuvo sistemáticamente votaciones relativas promedio más altas en distritos urbanos, en tanto que el PRI en los rurales; a diferencia de ellos, el PRD obtuvo votaciones relativas muy similares en ambas categorías; así, en general, las pendientes de cada par de curvas (urbana y rural) correspondiente a cada uno de los tres partidos presentan similitudes en su tendencia general (gráficas 4a, 4b y 4c). No obstante, también hay diferencias que es necesario señalar: las tendencias del PRI son descendentes, mientras que a las del PAN y las del PRD se las puede considerar globalmente como ascendentes; ahora bien, de 1994 a 1997, el PAN registró un estancamiento en su curva urbana, pero de 1997 a 2000, el PAN tuvo un fuerte repunte urbano que contrasta con la caída de las curvas urbana y rural del PRD. Cabe hacer notar también que si se

compara la votación urbana del PRI con la que obtenía en el medio rural, esta última seguía siendo más alta que la primera. La diferencia entre la votación urbana y la rural del PRI se situó alrededor de los trece puntos en esta década.

En las gráficas 4d y 4e, se aprecia el perfil de la competencia en el medio urbano y en el rural. En el primer caso, la situación se tomó muy competitiva en 1997 y en 2000 el PAN se encontraba en clara ventaja frente al PRI y el PRD. En el segundo entorno, aunque el PRI gozaba aún de una clara ventaja, el margen de ésta había venido disminuyendo de modo sostenido; pero, al igual que ocurrió en el medio urbano, entre 1997 y 2000, mientras el PRD declinaba, el PAN lograba sostener su ritmo de crecimiento. Vistos bajo la perspectiva del formato del sistema de partidos, los datos del Cuadro 6 también muestran que en los distritos urbanos tomados como un solo conjunto pasaron de un débil bipartidismo PAN-PRI que apenas se esbozaba en 1991, a un bipartidismo PAN-PRI un poco más definido en 1994, pero en 1997 derivó en un formato tripartidista muy competitivo, para luego retomar su perfil bipartidista PAN-PRI en 2000, pero con una amplia ventaja para el PAN. En el caso de los distritos rurales la evolución conjunta de ellos pasó de una hegemonía priísta muy fuerte en 1991, a una muy débil en 1994, para saltar a un tripartidismo incipiente en 1997, que se fortaleció un poco más en 2000.

Cuando se analizan las variaciones trienales de la votación relativa de los partidos en ambos tipos de distritos (Cuadro 7), destacan los siguientes hechos: entre 1991 y 1994, el PRI retrocede más en las zonas rurales que en las urbanas, mientras que PAN y PRD avanzan más o menos en la misma proporción en ambos casos; entre 1994 y 1997, sobresalen el aumento del PRD en las ciudades (derivado principalmente de su éxito en la Ciudad de México), la estabilidad relativa del PAN y un nuevo retroceso importante en el PRI tanto en el campo como en la ciudad; entre 1997 y 2000, lo más notable es el aumento del PAN en los distritos urbanos (quince puntos) y en los rurales (diez puntos), la estabilización del voto del PRI en ambas categorías y el retroceso del PRD en los urbanos (de nuevo, el peso de la Ciudad de México es muy decisivo en este aspecto).

Todas esas tendencias de cambios en la distribución de votos entre los partidos desembocaron en un resultado político muy concreto: el número de victorias distritales alcanzada por cada partido. En el Cuadro 8, se sintetizan las victorias obtenidas por los tres principales partidos en los cuatro procesos electorales federales estudiados. En 1991 y 1994 el PRI, a pesar de los problemas que ya empezaba a tener y que el análisis anterior puso en evidencia, dominó de modo hegemónico el panorama electoral, pues de 300 distritos resultó ser el partido ganador en más de 90% de ellos. La situación cambió radicalmente en 1997 cuando el PRI fue derrotado en 112 distritos más y apenas ganó en poco más de la mitad de los distritos; en ese año, el PAN le arrancó 47 distritos más en adición a los 18 que ya había ganado desde 1994, mientras que el PRD le sustrajo 65 que se sumaron a los cinco que ya había ganado en 1994. En 2000, el PRI perdió 34 distritos más, el PRD retrocede en 42 posiciones, mientras que el PAN conquistó 76 distritos adicionales a los 65 que había ganado en 1997, para sumar un total de 141, casi la mitad. Como se ve, por la magnitud del cambio de manos en los distritos electorales, el año del viraje decisivo es 1997, pero no se alcanza a recorrer el último tramo, más pequeño en magnitud, pero de importancia estratégica decisiva. El cambio de manos ocurrido en 2000 es de menor magnitud al de 97, pero logra tener ya un impacto político estratégico en los resultados: el PRI perdió también su sempiterna mayoría en victorias distritales, además de perder la elección presidencial.

Desde el punto de vista de la clasificación de los distritos electorales en urbanos y rurales, el Cuadro 8 también muestra cómo estos cambios ocurrieron fundamentalmente en los primeros; en 1991 y 1994, tanto en urbanos como rurales el PRI domina, aun cuando los pocos distritos donde triunfa otro partido se concentran fundamentalmente en las ciudades; en 1997, de los 112 distritos que pasan de manos del PRI a otro partido, 83 de ellos se ubican en las zonas urbanas; en 2000, 21 de los 34 distritos perdidos adicionalmente por el PRI eran también urbanos. No obstante, cabe subrayar el hecho de que entre los distritos rurales también lograron avanzar el PAN y el PRD, pues el PRI pasó de conquistar todos los rurales (n=157) en 1991 a triunfar en 111 en 2000.

Con base en esta revisión, se pueden destacar varios puntos: 1) la votación en favor de la oposición y del cambio fue más fuerte en los distritos urbanos; 2) el PAN es el partido cuya base electoral se compone de una proporción relativa más alta de voto urbano; 3) la oposición crece significativamente en el medio rural en 1997 y 2000, pues es ahí donde el PRI registra sus mayores retrocesos; 4) en 2000, el PAN triunfa en 106 distritos urbanos y 35 rurales, mientras que el PRI ganó en 20 urbanos y 111 rurales.

N: CLIVAJE CAMPO-CIUDAD, SISTEMA DE PARTIDOS Y TRANSICIÓN

El modelo explicativo que atribuye el proceso de cambio, en los sistemas de partidos, al ascenso y ocaso de los clivajes sociales, también plantea que los factores institucionales y las decisiones tomadas por las élites políticas influyen sobre el modo en cómo son integrados los clivajes sociales al sistema de partidos (Dalton *et al.*, 1984b). Este esquema se ajusta con lo sucedido en México en las últimas dos décadas del siglo veinte: la transición desde el autoritarismo de partido hegemónico hacia la democracia electoral fue un proceso político en el que se combinaron ambos factores, pues los acuerdos entre gobierno y partidos que desembocaron en las reformas electorales, al remodelar el espacio de la competencia electoral, permitieron la libre expresión y el reacomodo del electorado en torno del sistema de partidos.

En otras palabras, los efectos del cambio estructural de largo plazo se combinaron con las modificaciones institucionales ocurridas durante la liberalización y la transición hacia la democracia electoral. Por una parte, la modernización y la urbanización que vivió el país a partir de la segunda mitad del siglo veinte dio pie a que el clivaje urbano-rural influenciara el sustrato del sistema de partidos, sobre todo durante la fase de liberalización política, primero como un desalineamiento del electorado priísta y luego como un franco y decidido apoyo a los candidatos de oposición; estos fenómenos fueron más acentuados en el mundo urbano. Por la otra, el proceso de transición política propiamente dicho, cuyo principal eje fue la reconstrucción de las instituciones electorales, permitió el ingreso a la participación política institucional de diversas fuerzas políticas a través del sistema de partidos; esta reconstrucción del marco institucional, al privar paulatinamente al gobierno del control que ejercía sobre las elecciones y al PRI de los privilegios que a su vez recibía de este último, reforzó los efectos del desalineamiento de su base electoral.

A) UNA PERSPECTIVA GLOBAL 1961-2000

Si queremos una perspectiva general de todo el periodo 1961-2000, esto es, el periodo autoritario de partido hegemónico y las dos fases de la transición (liberalización y democratización), en la Gráfica 5 se representan los datos agregados nacionales de la votación relativa del PRI y la del conjunto de la oposición de 1961 a 2000; al pie de la gráfica se incluyen los principales acontecimientos políticos y económicos que acompañaron esa evolución electoral. Este gráfico-resumen sintetiza muchos de los puntos analizados antes en este trabajo; aquí ya sólo destacaremos la caída sostenida de la curva de votación nacional del PRI desde 1961 hasta 2000 y enfatizaremos los declives importantes del PRI en los momentos de incorporación de nuevas reformas electorales. Estos datos agregados a nivel nacional aparecen en el Cuadro 9 bajo el rubro de Votación nacional.

Para aligerar este balance final, en el Cuadro 9, al pie de cada uno de los tres periodos (autoritarismo, liberalización, democratización) se agregó el promedio respectivo de cada variable electoral. A nivel nacional, el PRI obtuvo 82 puntos porcentuales de promedio durante los años del autoritarismo; no obstante, a lo largo de esos quince años retrocedió diez puntos, pues pasó de 90 por ciento en 1961 a 80 por ciento en 1976. En el periodo de liberalización política, el PRI promedió 61 por ciento; pero cabe apuntar dos cosas, que tan sólo entre 1976 y 1979, en el momento bisagra del inicio de la reforma política, perdió diez puntos y, además, mientras que al inicio de este periodo (1979) obtuvo 70 por ciento, hacia el final (1994) descendió a 50 por ciento. En la fase de democratización electoral, después de un retroceso de diez puntos en el trienio bisagra (1994-1997) entre los dos periodos, el PRI estabilizó su votación en 38-39 puntos. Se aprecia pues que hay una caída tendencial de largo plazo que es más acentuada por los efectos de las reformas institucionales introducidas en cada cambio de etapa política (los trienios bisagra).

De alguna manera, hasta 1994, la gran incógnita en las elecciones podría resumirse en saber cuál iba a ser la votación del PRI respecto del conjunto de la oposición. En 1994, al “empatar” PRI y el conjunto de la oposición, cambiaron los términos de la incógnita; en consecuencia, entre 1997 y 2000, la cuestión

realmente importante pasó a ser la forma en cómo la votación opositora se repartiría entre el PAN y el PRD, puesto que la votación del PRI fue ya prácticamente la misma.

Para contemplar esta misma perspectiva histórica de la votación PRI *versus* oposición entre 1961 y 2000 bajo la óptica del divaje urbano-rural, vale la pena reunir en una sola serie gráfica los promedios estatales de 1961-1976 del Cuadro 1, los promedios distritales de 1979-1988 del Cuadro 2 (distribución de 1978) y los de 1991 a 2000 del Cuadro 6 (distribución de 1996). Aunque no es un camino muy ortodoxo, es útil para tener una visión global. Claro que hay que ser sumamente prudentes con el uso de las series obtenidas, dado el distinto nivel de agregación de la información, pero la visión de conjunto que proyectan es de gran interés. Los datos de las series se incluyen también en el Cuadro 9 bajo el rubro de PRI y Oposición; en la Gráfica 6a se compara la evolución urbana y rural del PRI, en la 6b el comportamiento urbano de las curvas del PRI y de la oposición, y en la 6c el comportamiento rural de las curvas de PRI y la oposición.

En el periodo 1961-1976, la votación del PRI promedió 82 puntos en el medio urbano y en el rural 90, es decir, acaparó casi la totalidad del espacio electoral en ambos ámbitos; además, sólo retrocedió seis puntos en áreas urbanas y en las rurales ocho (véanse de nuevo los promedios de cada etapa en el Cuadro 9). La diferencia de la votación entre ambos tipos de distritos (promedio de ocho por ciento) indica una presencia aparentemente discreta del divaje urbano-rural en el sistema de partidos. Lo que resulta notable es que tan sólo entre 1976 y 1979, un trienio bisagra entre dos etapas políticas, el PRI perdió 25 puntos en los distritos urbanos y sólo seis en los rurales. Es como si la reforma electoral de 1977-1978, al tolerar un poco de mayor espacio a la disidencia electoral, hubiese puesto al descubierto un proceso de desalineamiento que afectaba severamente a la votación del PRI en las ciudades. La explicación de ese develamiento residiría en que los métodos de manipulación del voto y las prácticas corporativo-clientelares del autoritarismo mexicano encubrieron la profundidad del divaje urbano-rural y atenuaron la visibilidad de sus efectos electorales.

En el segundo periodo, que abarca todo el conjunto de la liberalización (elecciones 1979-1994), la votación promedio del PRI en los distritos asentados en ciudades descendió a 51 puntos, mientras que en los ubicados en el campo bajó a 72 puntos en promedio; es decir, bajo la liberalización propiamente dicha, el voto promedio obtenido por el PRI perdió con respecto a los promedios del periodo del autoritarismo 31 puntos en el medio urbano y 18 en el rural. Es importante subrayar que el diferencial del voto urbano y rural aumentó mucho en esta etapa, especialmente entre 1979 y 1988, para luego atenuarse al final en 1994. En este periodo, el voto urbano se situó en promedio 21 puntos por debajo del rural, lo cual ilustra la mayor influencia que mostró tener el divaje campo-ciudad sobre el sistema de partidos: las ciudades más sedientas de un mayor pluralismo partidario y el campo aún atrapado en el tejido social de las relaciones clientelares y caciquiles.

A lo largo de estos años, mientras que en el medio urbano la relación de fuerzas entre el PRI y el conjunto de la oposición ya fue más o menos “equilibrada” (a falta de otro término mejor) y se repartieron en porciones más o menos iguales el mercado electoral, en el medio rural las cosas fueron diferentes, pues se mantuvo la apabullante ventaja del PRI, salvo en 1994, año en que ese partido registró un fuerte retroceso en su votación rural y sólo captó ahí el 56 por ciento de los votos. Así pues, la reforma electoral de 1977-1978 dejó sentir más fuertemente sus efectos en los distritos electorales asentados en las ciudades, ahí prosperaron primero y con mayor fuerza los partidos opositores.

Los cambios electorales ocurridos bajo el periodo de liberalización política muestran que efectivamente las reformas “desde arriba” abrieron un espacio a la oposición que paulatinamente se fue ampliando bajo el concurso también de otras variables políticas y económicas (véase de nuevo la Gráfica 5); sin embargo, este ensanchamiento del sistema todavía no logró poner en jaque a la posición hegemónica del PRI en el sistema de partidos, ni eliminó los privilegios y ventajas que el gobierno le aseguraba en la contienda electoral. Por otra parte, bajo la liberalización, el principal foco de cambio político se situó en las ciudades, lo que acentuó los efectos políticos del divaje urbano-rural en este terreno.

Entre 1994 y 1997, el trienio bisagra entre la liberalización y la democratización electoral, el voto urbano del PRI retrocedió otros once puntos porcentuales más y el rural nueve, a la par que se aminoró la diferencia entre su votación urbana y la rural. En la fase de democratización electoral (1996-2000), el voto por el PRI promedió 33 puntos en los distritos urbanos y 46 en los rurales; esto significa que, en relación con los promedios del periodo de liberalización, en el primer caso retrocedió 18 puntos y en el segundo

26. En esta etapa, la distancia entre las dos curvas del PRI disminuyó a 13 puntos, debido a que el mayor retroceso del PRI en el medio rural tuvo como efecto cerrar la distancia con la curva urbana de su votación.

En resumen, si se observan los valores promedio de cada una de las tres etapas (Cuadro 9) y se comparan la votación urbana y la rural del PRI, se aprecia que el diferencial entre ellas varía, siendo siempre más alta su votación en el medio rural: en la etapa del autoritarismo es de siete puntos, en la de liberalización se triplica hasta veintiún puntos y en la de democratización disminuye a trece puntos. Cabe hacer notar que este estrechamiento que se inicia desde 1991, aunque ocurre todavía dentro de la fase de liberalización y precede a la de democratización, coincide también con el momento en que los efectos de las reformas electorales también dejaban sentir su influencia en la reestructuración de la arena de la competencia electoral entre los partidos.

B) ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Cuando ocurren cambios fundamentales en los sistemas políticos democráticos, la incapacidad de los partidos en lo individual para responder a esos cambios desestabiliza a los sistemas partidarios y desemboca en la descomposición de los alineamientos electorales. (Dalton *et al.*, 1984a), tal como le sucedió al PRI en México ante el proceso de modernización social. También plantean que este debilitamiento de los alineamientos políticos tradicionales deja abiertos a los grupos sociales para atender nuevos llamados políticos; si los partidos son capaces de ofrecer una respuesta se genera un proceso de realineamiento, si no lo logran, se produce desalineamiento; ahora bien, a menudo estos dos procesos se superponen. En este sentido, el fin de la hegemonía priísta dejó disponibles a numerosos segmentos del electorado para expresar sus preferencias partidarias; pero hasta ahora, la cambiante estructura del voto en favor de los demás partidos indica más bien un desalineamiento electoral. Si el perfil de las preferencias electorales de 2000 se repite en 2003, quizá podría empezarse a suponerse que un realineamiento está ocurriendo, pero eso es una mera hipótesis prospectiva, mientras tanto, lo único que podemos constatar es que el desalineamiento continúa, dada la constante volatilidad del comportamiento electoral.

¿Surge la pregunta de si los resultados de 2000 constituyen el preámbulo o la expresión de un nuevo realineamiento electoral estable? El modelo explicativo del clivaje social plantea que cuando surge un nuevo eje de clivaje, tarde o temprano los partidos y el electorado ajustarán sus posiciones a lo largo de una nueva dimensión de clivaje; pero durante ese periodo de reajuste puede suceder que las nuevas fuerzas aparentemente se alineen en torno de los viejos clivajes. Inglehart (1984) sostiene, entre otros puntos, que a pesar de que en un momento dado surjan nuevos clivajes, la conducta de voto puede permanecer sin cambios aparentes, debido a que las nuevas élites que surgen, en vez de optar por construir un partido o vía propia de participación política, prefieren capturar el control sobre los partidos ya establecidos desde hace mucho tiempo, pues les parece un camino al éxito muy prometedor. Bajo este enfoque, es factible suponer, en el caso del PAN, que tras el sostenido crecimiento de su votación, más que una ampliación de su base social en los grupos que tradicionalmente lo han sostenido, lo que está ocurriendo es la captura del PAN por parte de nuevas élites regionales (los "bárbaros del Norte") que han aglutinado nuevos grupos sociales tras la bandera del PAN. Esta hipótesis alternativa explicaría las divergencias que, después de la elección de 2000, surgieron entre el presidente Fox, quien encarnaría mejor a los nuevos grupos, frente a los viejos grupos tradicionales del PAN atrincherados en el congreso (encabezados por Fernández de Cevallos) y en el aparato del partido. En este caso estaríamos, de todos modos, todavía ante un desalineamiento que potencialmente podría dar lugar a un realineamiento en el futuro.

Una última cuestión en torno de estas reflexiones: ¿pueden considerarse las elecciones fundacionales de 2000 como una elección de realineamiento? A la luz de las reflexiones anteriores, lo único que puede responderse a esa pregunta es que aún es demasiado temprano para responder y hay que esperar otros procesos electorales para poder contestarla.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Pedro, Alberto Begné y José Woldenberg
1993 *Sistemas políticos, partidos y elecciones. Estudios comparados*, Trazos-IETD, México.
- Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg
1997 *La reforma electoral de 1996. Una descripción general*, FCE, México.
- Beck, Paul Allen
1984 "Patterns of dealignment" en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck, *Electoral change in advanced industrial democracies*, Princeton University Press, Princeton, pp. 231-239.
- CFE
1982 Comisión Federal Electoral. *Reforma Política. Gaceta informativa de la Comisión Federal Electoral*, vol. IX, México.
1988 Comisión Federal Electoral. *Proceso electoral federal 1988. Cómputo distrital*, copias distribuidas a los integrantes de la Comisión Federal Electoral el 13 de julio de 1988.
- Dalton, Russell, Paul Beck, Scott Flanagan
1984a "Electoral change in advanced industrial democracies" en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul A. Beck, *Electoral change in advanced industrial democracies*, Princeton University Press, Princeton, pp. 3-22.
1984b "Political forces and partisan change" en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul A. Beck, *Electoral change in advanced industrial democracies*, Princeton University Press, Princeton, 1984, pp. 451-476.
- Flanagan, Scott
1984 "Patterns of realignment", en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul A. Beck, *Electoral change in advanced industrial democracies*, Princeton University Press, Princeton, pp. 93-103.
- Huntington, Samuel
1990 *El orden político en las sociedades en cambio*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 199, (el libro se publicó originalmente en inglés en 1968).
- IFE
1993 Instituto Federal Electoral. *Memorias del Proceso Electoral Federal de 1991*, Tomo IV, vol. IV, *Resultados de la elección de diputados federales de mayoría relativa (1a. parte)*, México.
1993 Instituto Federal Electoral. *Memorias del Proceso Electoral Federal de 1991*, Tomo IV, vol. V, *Resultados de la elección de diputados federales de mayoría relativa (2a. parte)*, México.
1995 Instituto Federal Electoral. *Estadística de las elecciones federales de 1994. Compendio de resultados*, IFE, México.
1997 *Estadística de las elecciones federales de 1997*, IFE, México, s.f., s.p.i. (carpetas de resultados del IFE).
2000 *Estadística de las elecciones federales de México 2000. Sistema de consulta*, disco compacto, versión 1.0, IFE, México.
- Inglehart, Ronald
1984 "The changing structure of political cleavages in western society" en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck, *Electoral change in advanced industrial democracies*, Princeton University Press, Princeton, pp.25-69.
- Klessner, Joseph
1994 "Realignment or dealignment? Consequences of economic crisis and restructuring for the mexican party system", en Maria Lorena et al., *Politics of economic restructuring: state- society relations and regime change in Mexico*, University of San Diego, San Diego, California, pp. 159-191.
2001 "Electoral competition and the new party system in Mexico", ponencia presentada en septiembre de 2001 en el XXIII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association realizado en Washington.
- Klessner, Joseph y Chappell Lawson
2002 "The mexican voter, electoral dynamics and partisan realignment: reflections on the 2000 elections with an eye toward 2003", ponencia presentada en septiembre de 2002 en la reunión anual de la American Political Science Association realizada en San Francisco.
- Levy, Daniel
1990 "Mexico: sustained civilian rule without democracy" en Diamond Larry, Juan Linz y Seymour Martin Lipset, (eds.), *Politics in developing countries*, Lynne Rienner Publishers, Boulder y Londres pp. 135-173.
- Lijphart Arend y Carlos Waisman
1996 "Institutional design and democratization", Arend Lijphart y Carlos Waisman, (eds.), *Institutional design in new democracies*, Westview Press, San Diego, pp. 1-11.
- Lipset, Seymour y Stein Rokkan

- 1967 "Cleavage structures, party systems and voter alignments: an introduction", en Seymour Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party systems and voter alignments. Cross-national perspectives*, The Free Press, New York.
- Loaeza, Soledad
1999 *El Partido Acción Nacional, la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, FCE, México.
- Molinar, Juan
1991 *El tiempo de la legitimidad. Elecciones, autoritarismo y democracia en México*, Ediciones Cal y Arena, México.
- Niemi, Richard y Herbert Weisberg
1993a "Historical changes in voting behavior" en *Classics in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 284-295.
1993b "Dealignment and realignment in the current period" en *Controversies in voting behavior*, CQ Press, Washington, pp. 321-332.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead
1986 *Transitions from authoritarian rule*, The John Hopkins University Press, Baltimore and London, 4 vols. En este trabajo se hace referencia especialmente al último tomo *Tentative conclusions about uncertain democracies*.
- Pacheco, Guadalupe
2000 *Caleidoscopio electoral. Elecciones en México, 1979-1997*, FCE-IFE-UAM, México.
2003 "Geografía de la oleada panista, 1991-2000" en *Veredas. Revista de pensamiento sociológico*, año 3, núm. 4, 2002, pp. 201-223.
- Salazar, Luis, (coord.)
2001 *México 2000. Alternancia y transición a la democracia*, Ediciones Cal y Arena, México.
- Sartori, Giovanni
1980 *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Universidad, Madrid.
- Woldenberg, José, Guadalupe Pacheco y Ricardo Becerra
1996 "Las consecuencias de la nueva distritación", *Etcétera*, núm. 192, México (reimpreso en Pacheco 2000, pp. 375-412).